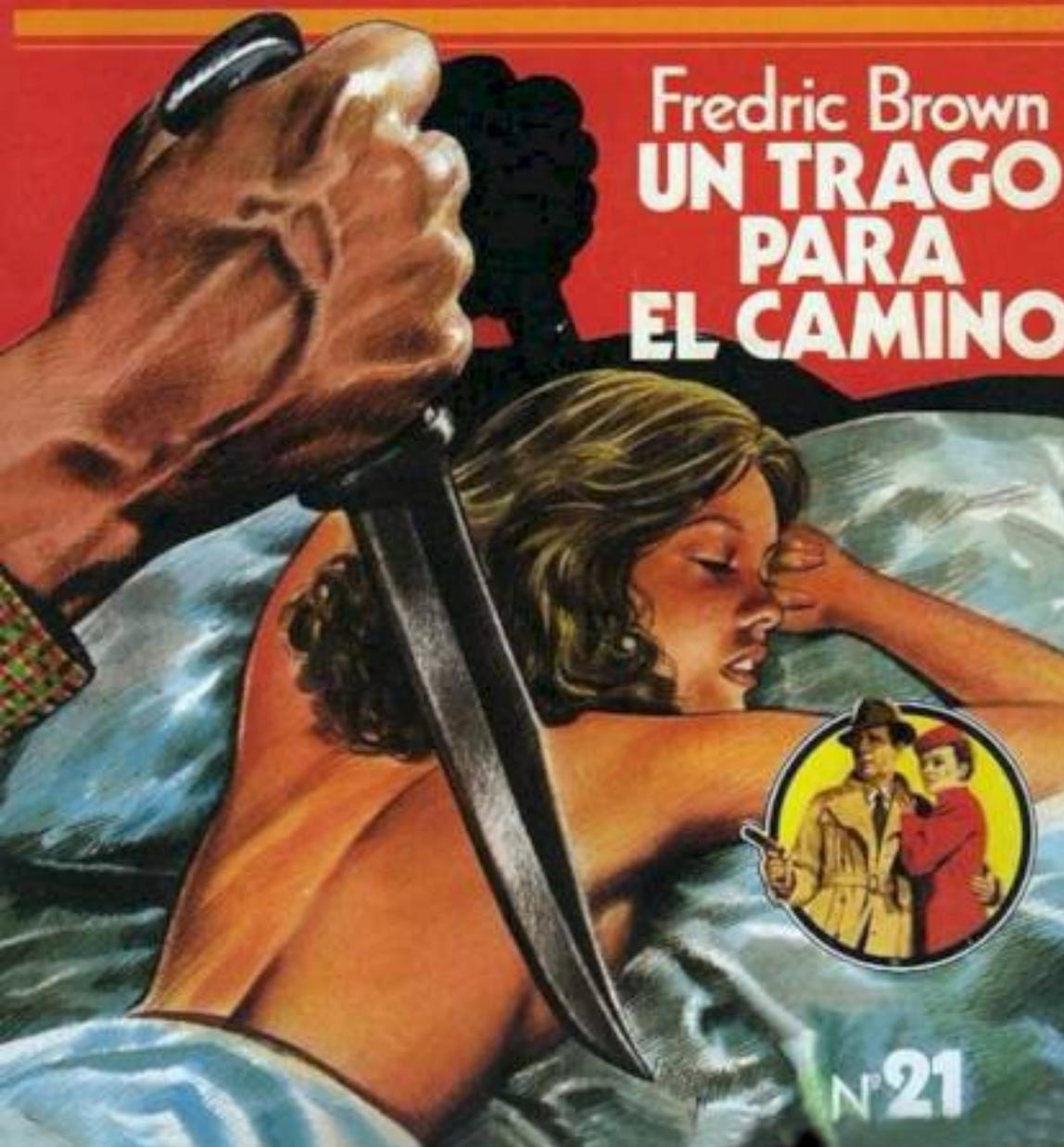


Club DEL MISTERIO

Fredric Brown
**UN TRAGO
PARA
EL CAMINO**



Nº 21

Amy acababa de llegar a Mayville, un pueblo de Arizona casi fronterizo con México. Llevaba escaso equipaje, un coche no demasiado nuevo, la pensión por alimentos que le enviaba el abogado de su exmarido y una insaciable sed de whisky. Le asestaron un limpio navajazo en pleno corazón: murió mientras dormía, totalmente borracha y completamente desnuda, como era habitual en ella. ¿Pistas? Al tonto del pueblo le gustaba espiar por la ventana del bungalow y había una avispa recién muerta dentro del flotador del inodoro.

CAPITULO I

Fue el primer caso de asesinato en el que tuve la oportunidad de intervenir, si bien pude muy fácilmente haberme perdido dicha ocasión, de haber sabido que se trataba de un asesinato cuando se produjo la llamada. Hetherton, mi jefe, se ocupa siempre de las historias importantes, si es que puede haber historias importantes en una pequeña población. Yo me ocupo de todo lo demás... o sea, principalmente, de las crónicas religiosas, sociales, y demás. Muy excitante.

Cuando el teléfono repiqueteó en el despacho de Hetherton, faltaban unos minutos para las cinco.

—Hetherton al habla —dijo mi jefe, cogiendo el receptor. Luego escuchó.

Hetherton —Sidney M. Hetherton— es el propietario, director, editor y redactor en jefe del «Weekly Sun», de Mayville (Arizona). También es el único accionista.

No logré oír lo que habló por teléfono, porque yo estaba meditando una frase del artículo que estaba escribiendo, para lo cual me dedicaba a aporrear las teclas de la vieja «Underwood» colocada en una mesita portátil junto a mi escritorio. He dicho aporrear y es la exacta expresión, ya que la «Underwood» es mucho más vieja que yo, y el carro no ha sido cambiado desde hace muchos años, por lo que está blanqueado por la edad y más duro que una roca. Si escribo a máquina me resulta imposible escuchar mis propias ideas, cuanto más lo que se habla por el teléfono.

Pero cuando acabé el artículo y saqué el papel de la máquina, aún logré oír decir al jefe:

—De acuerdo, *Mrs. Edwards*. Me ocuparé del asunto.

Empezaba a repasar lo que había escrito, en busca de un posible gazapo, cuando Hetherton me llamó.

—¡Spitzer!

Levanté la vista del papel y dije:

—¿Sí, jefe?

Siempre me llamaba Spitzer, nunca «Bob» o «Robert». Y siempre conseguía que la entonación resultase de lo más insultante, cosa que no es, o al menos un poco ridícula... cosa que sí es. Mi método de revancha es llamarle «jefe», nombre que sé que detesta, en lugar de «*Mr. Hetherton*». Varias veces me ha advertido que no lo haga, pero siempre procuro olvidarme de ello, y por ahora creo que ya ha decidido conformarse. Su única alternativa era despedirme, y ésta es una decisión que no puede adoptar, aunque quiera.

—¿Puedes dedicarme unos minutos, Spitzer? —me preguntó.

La pregunta sobraba a todas luces. Mi tiempo es su tiempo. Especialmente en aquellos momentos debido a ser jueves, o sea el día en que el «Sun» entra en prensa, por lo que era imposible que yo saliese de la redacción a las cinco, como los otros días, sino, al menos, a las diez, cuando Hetherton y yo enviamos los originales a la imprenta para que los tipógrafos se las entiendan con ellos. Pero asentí, indicándole que le concedía aquellos minutos.

—Acaba de llamarme Birdie Edwards —me explicó—. Ha estado intentando ponerse en comunicación con Mac Nulty por teléfono, y lleva ya media hora sin lograr comunicar. Me ha pedido si podría hacerle avisar en su nombre, ya que solamente se trata de atravesar la calle.

—Seguro —contesté—. ¿Cuál es el mensaje?

—Quiere que vaya a verla inmediatamente. No que la telefonee, sino que vaya a verla en persona.

Era un recado sumamente sencillo.

—De acuerdo —dije, y me encaminé hacia la puerta; luego, retrocedí—. Si ha llamado a la policía, tal vez se trate de algo interesante. Y puede ser incluso que merezca los honores de unos titulares. Quizás sería conveniente que yo fuese allá con Mac, por si acaso. Si no es nada de interés, volveré en seguida... a menos que no regrese también en seguida conmigo el jefe de policía... En fin, en tal caso no tardaré más de diez o quince minutos.

Hetherton frunció el entrecejo.

—Está bien, pero procura volver tan pronto como puedas.

El cuartelillo de la policía, si es que puede llamarse así, se hallaba enfrente de las oficinas de «Sun», y se llegaba a él con sólo atravesar la calle. Constaba de dos estancias de regular tamaño. La delantera se utilizaba como oficina. Una puerta enrejada conducía a la posterior que era la cárcel. O lo que pudiéramos llamar cárcel; en una población mayor lo hubieran llamado prevención. Los prisioneros no permanecían allí más que de la noche a la mañana, y usualmente se trataba de borrachos a quienes se les obligaba a serenarse. Si se trataba de otra clase de delitos, el preso era guardado allí hasta que podía ser enviado a la cárcel del condado, a cincuenta millas de distancia, para ser procesado y encarcelado, si había lugar. Mayville no tenía facilidades para ello. Claro está que tiene un juez de paz que puede ocuparse de los casos de infracción de tráfico, borracheras y similares. Pero prefiere más imponer multas que sentencias, aunque sean cortas. Las multas ayudan a reforzar el tesoro de la población, y las sentencias más bien a mermarlo.

Recuerdo haberle preguntado a Mac Nulty, poco después de llegar a Mayville qué hacía con una sola habitación para cárcel, con las mujeres que encarcelaba. Me contestó que jamás arrestaba a una mujer, si podía evitarlo, y que en caso contrario, uno de sus dos ayudantes la conducía inmediatamente a la prisión del condado, junto con la esposa

de Mac Nulty, en calidad de matrona o dama de compañía policial. Pero esto no ocurría muy a menudo.

Cuando entré, Mac Nulty estaba todavía, o de nuevo, telefoneando. Me acerqué hasta la puerta enrejada para ver si había alguien enjaulado, pero la cárcel estaba vacía. Me senté. Oí lo bastante de la conversación telefónica de Mac Nulty para deducir que estaba discutiendo con su esposa, sin que se tratase de ningún asalto a un Banco, y entonces dejé de escuchar y aguardé.

Mac Nulty es un buen policía, tan buen jefe de policía cómo cabría esperar para una población de la importancia de Mayville, teniendo en cuenta la limitación del salario que tiene asignado. Es un hombre fornido con moderada imaginación; ronda los cuarenta y ostenta el empleo desde hace unos diez. Nació en el mismo Mayville por lo que conoce íntimamente el lugar. Cuando contaba veinte años se marchó a Phoenix donde trabajó como simple policía. Quince años después todavía era policía, aunque ya no tan simple, y entonces el anterior jefe de policía de Mayville se retiró a causa de la edad. Mac Nulty tenía todavía amigos y parientes en la localidad, incluyendo a un hermano en el consejo de la población; éste fue quien le procuró la oportunidad del cargo, y Mac Nulty la aprovechó. Fue un buen ascenso, ya que en Phoenix ni siquiera lo habían promovido a sargento.

No es brillante pero es honrado y concienzudo, aunque todavía a veces resulte un poco difícil tratar con él. Tratar con él, para mí, a veces resulta difícil, ésta es la verdad. Pero siempre me da la información que necesito para el periódico.

Ya que estoy en ello puedo decir también algo sobre el resto del personal del Departamento de Policía de Mayville. Mac Nulty era jefe porque tenía dos policías a su mando... o tal vez debería llamarles ayudantes, ya que ninguno de ellos vestía de uniforme, ni tampoco Mac Nulty.

Uno era Charlie Sanger, un tipo alto y delgado, con cabello rubio muy claro y ojos azules casi celestes, que vestía casi como un cowboy, cosa que seguramente fue en su juventud. Hablaba pausadamente, casi como arrastrando las palabras; se movía pausadamente, cuando no había motivos para obrar de otro modo, y la mayoría de las veces pensaba pausadamente. Tenía a su cargo el cuartelillo, por las noches, y Mac Nulty estaba allí de día.

El otro era un mejicano llamado Refugio Herrera, pero conocido como Chico. Raras veces entraba en el cuartelillo, salvo para llevar un preso, lo que no ocurría a menudo. Tenía a su cargo lo que en Mayville se llamaba Mextown, o sea la parte oeste de la población... la parte que habría estado al otro lado de las vías, si hubiera habido vías, pero por Mayville no pasa el tren. Y en realidad, lo tenía a su cargo. Era el mejicano más grande que he visto en mi vida, con unos seis pies de estatura y sus buenas doscientas libras de peso. Guardaba el orden en Mextown gracias a unos métodos que a veces podían ser considerados como ilegales... pero que resultaban eficaces. Se cometían allí muy pocos delitos... y muchos menos quedaban indicados en un expediente, ya que Chico no se molestaba en llevar a ningún prisionero, a menos que fuera por un crimen de importancia. Los asuntos menores corrían a su cargo, o los prevenía a tiempo. Esto, naturalmente, le ahorraba a la población una buena cantidad de dinero.

Mac Nulty dejó el receptor y su sillón giratorio crujió cuando se encaró conmigo.

—¿Y bien, Bob?

—Birdie Edwards desea que usted vaya a verla. No pudo comunicarse con usted por teléfono y llamó al periódico.

—¿Qué quiere?

—Habló con Hetherton, no conmigo. Pero sé lo que dijo, que fuese usted a verla, sin telefonarla.

Frunció las cejas.

—De todas formas, la llamaré antes.

Cogió nuevamente el aparato y dio el número de La Fonda Motel. Birdie Edwards regentaba La Fonda Motel. Sí, ya sé que en español «Fonda» significa también hotel, por lo que suena muy mal el Hotel Motel, cuando se traduce, pero no me culpen a mí, yo no le puse el nombre. Ni creo que lo hiciera Birdie Edwards tampoco; alguien me contó que ya tenía ese nombre cuando ella llegó a Mayville unos años antes y lo compró.

Birdie Edwards es una corpulenta, mejor gorda mujer de mediana edad, que parece una «*madam*» de burdel. Y el rumor local asegura que esto es exactamente lo que era, en algún lugar del Este, antes de llegar a Mayville. Si conoce el rumor, a ella debe divertirle, sea o no cierto, porque indirectamente lo favorece, contando una media docena de historias contradictorias sobre sí misma, historias que varían ampliamente en los detalles, sobre el sitio de donde procede, cuántos maridos ha tenido, e incluso si el último esposo, un tal *Mr. Edwards*, presumiblemente, había muerto o se había divorciado. Pero *exmadam* o no, la mayoría de la gente la aprecia... es decir, aquellos que la conocen; raras veces se la ve en el pueblo. Yo sé que me aprecia en la medida de la ligera amistad que tenemos. Y sí fue una «*madam*» no me importa; es una profesión tan antigua y respetable como la mía.

—¿Birdie? —oí que exclamaba Mac Nulty—. Aquí Mac Nulty. ¿Qué ocurre? Si es algo que pueda esperar hasta mañana será mejor, porque tengo un trabajo enorme...

Ella debió cortarle en seguida, ya que él calló y permaneció escuchando.

—Está bien, está bien —concedió, al cabo—, iré para allá. Tardare unos minutos. Charlie Sanger está a punto de relevarme, y unos pocos minutos más no tienen importancia; saldré de aquí tan pronto como Charlie llegue.

Dejó el receptor y volvió a girar la silla para enfrentarse conmigo.

—Probablemente nada, pero podría ser algo. ¿Conoce a Amy Waggoner?

—Seguro —afirmé. Todo aquel que pierde ciertas horas en los bares de Mayville conocía a Amy Waggoner, al menos de vista. Solamente llevaba un mes en la población pero ya se había creado una reputación de mujer esponja.

—Bueno —me explicó Mac Nulty—, vive en el motel de Birdie. La puerta de su cuarto está cerrada, con la llave por la parte de adentro, y Birdie ha llamado varias veces sin obtener respuesta. Birdie teme que le haya ocurrido algo, pero no quiere tomar sobre sí la responsabilidad de forzar la puerta, ni siquiera siendo suyo el motel. Dice que es cosa mía.

—Tal vez no esté en la habitación —sugerí—. El que la llave esté en la cerradura por dentro no prueba nada. No, al menos, con la clase de cerraduras que hay allí. Son unos pestillos que corren al correr la puerta, y si la llave está en la parte interior y giran al mismo tiempo, la puerta queda cerrada desde afuera.

Mac Nulty gruñó.

—¡Vaya clase de cerraduras para un motel! La gente puede cerrar desde fuera siempre...

—No es tan sencillo —le dije—. Sí es cierto que puede cerrarse desde afuera, pero hay que hacerlo en la debida forma y conociendo el truco. Le explicaré cómo es, Mac. Digamos que usted se halla en el interior de la habitación y que tiene la puerta cerrada, con la llave puesta y girada. Para abrir la puerta para salir, usted tiene que volver la llave en la posición de abierto. Pero para cerrar desde fuera tiene que volver a girar la llave mientras la puerta se halla abierta, dejar la llave en el cerrojo por dentro, y entonces empujar la puerta desde el exterior. Y si usted deja la llave dentro sin girarla para cerrar mientras la puerta está abierta, no cerrará la puerta en absoluto.

—Entonces esto sólo debe hacerlo alguien muy de vez en cuando.

—Birdie me contó que ha pasado unas cuantas veces. Y en tales ocasiones, dio la casualidad que la ventana siempre quedó abierta o sin cerrar; y alguien tuvo que colarse por ella para poder abrir la puerta desde adentro. La ventana de Amy Waggoner debe estar cerrada y atrancada, o Birdie no le habría llamado a usted.

Volvió a gruñir y miró hacia la calle.

—Bueno, aquí viene Charlie. Dígale a Hetherton que le avisaré si se trata de algo serio. Ya sé que hoy va el periódico a la imprenta.

—Hetherton me ordenó que yo fuese con usted... si es que no le importa. —Esto no era completamente cierto, ya que Hetherton más bien se había mostrado reacio a mi insinuación.

Mac Nulty frunció el ceño, por lo que vi que sí le importaba, y que prefería ir sin mí. Pero al final dijo:

—Está bien, venga conmigo —tal como yo sabía que haría si creía que era cosa de Hetherton. Un oficial nombrado por una pequeña población, no importa cuánto tiempo haga que ostenta el cargo, y lo bien considerado que esté, se ve obligado a estar siempre al lado del propietario del periódico local. De otra forma pueden publicarse ciertas cosas, verdad, mentira o libelo, para hacerlo aparecer ante la opinión pública dos veces más idiota de lo que en realidad es.

Se detuvo a hablar unos momentos con Charlie Sanger, luego nos metimos en su coche, y Mac Nulty empezó a conducirlo por la población. La carretera que se dirige a Bisbee es la calle mayor de Mayville, y el distrito comercial se extiende a lo largo de tres bloques en la misma.

Algo más allá del distrito comercial Mac Nulty dobló la calle y aparcó en la zona reservada delante de la Lucky Lode, uno de los tres locales de bebidas de Mayville, y el más conocido, o al menos el más ruidoso por las noches, de los tres. Mayville tiene cinco locales, pero los otros dos son meras cantinas en Mextown.

—¿Tomamos una copita? —me propuso Mac Nulty—. Lo hago para asegurarme de que Amy no está aquí, y para preguntar por ella.

Señaló con el dedo el «Ford 50» que estaba aparcado allí.

—Seguro —aprobé, saltando del coche por un lado mientras él lo hacía por el otro—. Pero Mac, si éste es el auto de Amy, ¿qué le hace pensar que ella no está en el interior? Tiene que estar.

—Tal vez no esté —denegó también con la cabeza—. Ya le explicaré el por qué cuando hayamos entrado.

Estaba ya en la puerta y le seguí al interior, mirando a mi alrededor. Había muy pocos parroquianos y Amy no se contaba entre ellos.

Nos dirigimos al mostrador y Willie, el camarero, se acercó a nosotros.

—Hola, Mac; hola, Bob.

—¿No ha venido todavía Amy? —le preguntó Mac Nulty.

Willie se encogió de hombros.

—No lo sé. Acabo de entrar de servicio. Puede preguntárselo a Perry, todavía no se ha ido. Se está lavando. ¿Una copa?

—Sí, *whisky*, con un poco de agua en un vaso —se encaminó hacia la puerta de los lavabos.

Willie me miró interrogativamente, y yo le dije que quería lo mismo. No me gusta mucho el *whisky* solo, pero Mac Nulty podía desear marcharse en seguida y no me agrada tener que beber un *high-ball*^[1] de un solo golpe.

Cuando Willie terminaba de servirnos las bebidas regresó Mac Nulty.

—No, no ha estado aquí —explicó—. ¿Cuándo la viste por última vez, Willie?

—Anoche, quizás a medianoche ¿por qué? ¿Es que ocurre algo?

—No lo sé. ¿Estaba borracha, como de costumbre?

—Posiblemente no tan borracha. Normalmente se queda hasta que cerramos a la una.

—¿Se marchó sola?

Willie reflexionó un instante.

—Creo que sí, Mac. Pero no lo juraría; había mucha gente y yo tenía mucho trabajo. Me dijo hasta luego o buenas noches o algo así cuando se apartó de la barra, pero creo que no la vi cruzar la puerta.

Mac Nulty asintió. Cogió su vaso y lo apuró, mientras yo le imitaba.

—Vámonos, Bob —me ordenó, y se apartó de la barra. Traté de sacar mi cartera para pagar, pero Willie me estaba ya diciendo adiós, y Mac Nulty no había hecho el menor gesto para sacar dinero. Por lo visto las bebidas gratis eran una prerrogativa del cargo de jefe de policía, y de quien estaba con él, al menos en la Lucky Lode.

Seguí a Mac Nulty al exterior y volvimos al coche. Mientras lo sacaba de la zona de aparcamiento me explicó:

—Sobre el auto de Amy. Nos hemos detenido aquí porque está aparcado frente al bar, pero ya me figuré que no estaría ella dentro. Hace una semana le leí el acta de excesos, por la que no puede conducirse después de tomar unas cuantas copas. Desde entonces, su coche está aquí, delante de la Lucky Lode, más a menudo que delante del motel. Amy siempre termina aquí sus noches. Sólo hay cuatro bloques de casas hasta la Fonda. No sé si va hasta allí andando, o se deja recoger por algún conductor. Y no me importa, mientras no sea ella la que conduzca.

Dejó de hablar y al ver que yo no hacía el menor comentario, me preguntó:

—¿La conoce usted bien?

—He hablado con ella —le dije—, y la he invitado a un trago un par de veces... siempre lo hice cuando todavía no estaba demasiado alegre.

—Es una chica bastante bien parecida, borracha o no. ¿Ha logrado usted algo de ella?

—En absoluto, ni lo he intentado —afirmé muy serio. Lo cual era cierto en parte. Una vez, casi lo había intentado... pero ya llegaremos a eso más adelante.

Habíamos llegado ya a la Fonda Motel y Mac Nulty dirigió el coche hacia un senderito lateral. Birdie Edwards estaba allí de pie, con los brazos cruzados delante de su generoso pecho, delante del pabellón que le servía de despacho y vivienda.

La Fonda es un motel pequeño en realidad. No posee piscina ni palmeras, pero tampoco tiene cucarachas ni chinches. No es muy nuevo pero Birdie conserva los pabellones en buen estado, dándoles una mano de pintura cuando lo necesitan.

Hay once pabellones, y de ellos diez son rentables. Dos son de tamaño familiar, con dos habitaciones en las que pueden dormir cuatro o cinco personas; los demás son de una sola habitación, y pueden alquilarse para una o dos personas. Durante la «temporada» —los meses de invierno, cuando los turistas se dirigen a California a través de Arizona, o a la misma Arizona-, Birdie casi siempre tiene puesto el cartelito «Todo Ocupado» al obscurecer. Y saca siete u ocho dólares por los pabellones pequeños y doce por los familiares, lo que hace un centenar de dólares diarios. Claro está que eso sólo es durante cuatro meses al año, desde principios de noviembre hasta febrero. En abril empieza a decaer el negocio; Birdie pide entonces cinco dólares por los que cobraba siete y rara es la vez que se ve el cartelito de «Todo Ocupado», ni siquiera a altas horas de la noche. Y los meses realmente calurosos de verano todavía son peores, naturalmente; nadie que se halle en su sano juicio se dirige hacia el sur de Arizona en julio o agosto, a menos que tenga que hacerlo. Pero la mayoría de los moteles cubren los malos meses de verano con los más halagüeños del invierno.

Estábamos en mayo, o sea en una temporada intermedia. El invierno se había concluido, pero aún tardaría otro

mes, al menos, antes de que el tiempo se volviese tan caluroso que obligase a prescindir del placer de conducir. Había dos coches aparcados delante de los pabellones, lo que significaba que había al menos tres pabellones alquilados, contando el de Amy. Y no había duda de que Birdie alquilaría alguno más al atardecer.

Mac Nulty hizo accionar el freno delante mismo del sitio donde se hallaba Birdie, esperándonos.

—Vaya, me parece que ha tardado un poco, Mac —le reprochó la dueña del motel.

—Mire, Birdie, tenía que esperar a Charlie Sanger, como le dije. Y nos hemos parado en Lodo para asegurarnos de que Amy no estaba allí.

—Yo llamé allí, antes de telefonarle a usted, y también a los bares de Cass y Ralph.

Mac Nulty suspiró, saltando del coche.

—Bueno, Birdie. Probablemente no será nada. Estará muy borracha, eso es todo. Pero forzaré la puerta si lo desea.

—No está borracha. Y si lo está, es la primera vez que la habrá pillado antes de la noche.

Estaba ya caminando por el sendero central hacia la puerta del tercer pabellón, y nosotros la seguimos.

—¿Cuándo la vio por última vez? —quiso saber Mac Nulty.

—Ayer, hacia mediodía. Cuando suele levantarse.

—¿Entonces no la oyó llegar la noche pasada? ¿O sabe si estaba sola?

Habíamos llegado ya delante de la puerta. Había una ventana a un lado, pero estaban corridas las persianas y no podía verse el interior.

—No, no la oí llegar anoche —respondió Birdie—. Y naturalmente ignoro si vino sola o con una horda de elefantes colorados. Y ahora, Mac Nulty, deje de hablar y abra la puerta. Si gira el pestillo y se arroja sobre la puerta es pro-

bable que ceda en seguida, ya que no es muy resistente, y sin desencajarla del marco.

—Sí, Birdie. Pero aunque usted ya lo haya hecho, llamaré antes. Podía haber estado durmiendo, y haberse ya despertado.

Llamó muy fuerte y gritó en voz alta:

—Amy ¿está usted aquí?

Esperó medio minuto y entonces giró el pestillo, como le había sugerido Birdie, y se lanzó contra la puerta, golpeando con un hombro. La primera vez no dio resultado, pero sí la segunda. El pestillo y la puerta se abrió del todo, por lo que Mac Nulty casi cayó dentro de la estancia.

Yo estaba inmediatamente detrás suyo, antes de que pudiera pensar en mantenerme alejado. Y Birdie Edwards estaba igualmente detrás de mí.

Era una estancia sumamente agradable, como suelen serlo las de los moteles, pero en aquel momento no reparamos en ello.

Amy Waggoner estaba allí. Se hallaba tendida de espaldas en medio de la cama con una sábana, lo único que la tapaba, subida casi hasta sus hombros, que estaban al aire.

Podía haber estado dormida, salvo por dos cosas. Aunque no tenía el rostro distorsionado en modo alguno, no parecía dormida, parecía muerta.

Y había una mancha en la sábana, de unas pulgadas de diámetro, justo sobre su corazón, en el lugar donde la tela delineaba su seno izquierdo. Y la mancha tenía el color de la sangre seca.